el terreno palmo á palmo, y acudiendo á mantener en sus tropas la más rígida disciplina, para poder en cualquier caso contar con su apoyo.

El 20 de Agosto se trasladó Maroto con sus tropas á Elorrio, á la vista del ejército de Espartero, situado en Durango. Allí celebraron los dos generales su primera entrevista el dia 25, y se suscitó la cuestion de fueros, en la que declaró el duque de la Victoria que no podia comprometerse mas que á recomendarla á las Córtes. Sabedor D. Cárlos, ó más bien sus consejeros, de lo que pasára en aquella entrevista, presentóse de repente en Elorrio, y formadas las tropas, las arengó para ganarse su afecto y prevenirlas contra Maroto. Los batallones castellanos le oyeron indiferentes y sólo uno de ellos lanzó el grito de ¡viva el Rey! Dirijióse despues á los guipuzcoanos, á quienes habló de sus glorias, de su lealtad y sus juramentos; mas como no se dieran por entendidos, preguntó D. Cárlos la causa, y los generales que le rodeaban le dijeron que aquella tropa no entendia el castellano, en cuyo idioma les habia dirijido la palabra y sí sólo el vascuence que era su dialecto. D. Cárlos mandó que se les tradujera á su lengua lo que les habia dicho, y tomando entonces la palabra Iturbe, les gritó en su lengua: «¡Muchachos! Este hombre pregunta si quereis la paz ó la guerra...—¡La paz! ¡La paz!» contestaron los guipuzcoanos, á cuyas palabras, oidas por D. Cárlos, volvió las riendas al caballo y escapó á galope sin hablar más á Villafranca.

Sin la estúpida ineptitud de D. Cárlos y la astúcia de Iturbe, Maroto pudiera haberse visto comprometido en aquella ocasion, pues la llegada de D. Cárlos le habia cojido de sorpresa; y un príncipe más hábil hubiera sabido entusiasmar en su favor á los soldados y aprovechar la ocasion para perder al general en jefe. Pero con la huida de D. Cárlos la opinion se acentuó más en favor de la paz, que tuvo mil aclamaciones por la tarde.

En aquel mismo dia celebraron otra entrevista los dos jefes de ambos ejércitos; pero al parecer no tuvo buenos resultados, y Maroto con sus tropas se retiró á los altos de Elgueta. Llegado D. Cárlos á Villafranca, habia firmado un decreto deponiendo á Maroto y entregando el mando del ejército al conde de Negri; pero apénas éste se presentó en Elgueta, fué arrestado por órden de Maroto sin conseguir que el ejército le reconociera como jefe.

El dia 28, habiendo llegado á Oñate el cuartel general del duque de la Victoria, se celebró una reunion en la que se redactaron los artículos del convenio. El 29 marchó Maroto á Vergara, donde se hallaba Espartero, y el 30 por la tarde se hizo público el definitivo convenio que firmaron los jefes, verificándose su realizacion en la mañana del dia 31 en los campos de Vergara. Reunidos allí los batallones carlistas al frente de los isabelinos, adelantóse Espartero hácia ellos, y les dijo: «¿Quereis vivir todos como españoles debajo de una misma bandera? Ahí teneis á vuestros hermanos, que os aguardan; corred á abrazarlos como yo abrazo á vuestro general.» Y pronunciadas estas memorables palabras, estrechó contra su pecho á Maroto. Esta escena, tierna y grandiosa, escitó en ambos ejércitos un clamor general de entusiasmo pátrio. Abandonadas con precipitacion las armas, mezcláronse gozosamente ambos ejércitos, y los que horas antes se consideraban como encarnizados enemigos, convertidos ya en hermanos, se abrazaron mútuamente, lleno el pecho de un generoso enternecimiento, sin

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación